

GRECIA REDIVIVA

Existe en los anales voluminosos de Grecia, un episodio de amor filial que a fuerza de ser tan bello, parece ser ensoñado.

Eran aquellas almas, aún las de aquellos jovencuelos primerizos, más grandes que las nuestras, tan acoquinadas y egoistas.

Los que disputaban las coronas de olivos, el sencillo galardón de fatigas sin número, eran grandes niños muy otros que los nuestros.

¿Quién diría de ellos que hacían los que no debían?

Maestra de la verdad, dice Píndaro al hablar de Olympia, la santa ciudad donde jóvenes y hombres, podían lucir su resistencia física su valor y destreza.

Tenía razón sobrada el aeda. El sol que encendía como en una llamarada al monto Altis y hacía brillar las lejanas nieves de la cadena montañosa de arcadia alumbraba un sitio que inspiraba lo que ninguna otra ciudad.

El joven Trasibulo, intrépido, heroico y esbelto, había vuelto a asistir a los juegos Píticos, con un carro a buen segur de bello cedro, oro y marfil, con su cuadriga de rápidos corceles. Esta fiesta atlética bajo la advocación del padre de las artes, Apolo, hijo de Zeus, el Dios padre de la Mitología Helena, era celebrada en su honor. Quería disputar el glorioso título de Olympionikes a otros jóvenes cual él, firmes y robustos y anhelosos de dar lustre a su familia y al Estado. El atleta moderno si es victorioso no vive por mucho tiempo en la memoria de los hombres. El triunfador de los juegos olímpicos era considerado como un ser sobrenatural hasta el final de sus días.

Era una ventaja física, moral e intelectual que permitía formar parte de una aristocracia, única en su especie.

La oda en que Píndaro—el Zorrilla de San Martín, el Guido Spano, el Mitre, el Lillo de aquellos tiempos serenos,—celebra la victoria de Diágoras, ciudadano de Rodas, fué reproducida en letras de oro, y depositada en el templo de Atenas, en Lindus. Ejemplo excelso entre los miles que se podían citar, para dar idea de lo que estos sentimientos significaban para el griego.

El padre de Trásibulo era un hacendado acaudalado de Agrigento. En sus dominios habían nacido los caballos que dieron la victoria al encartador mancebo.

Antes de entrar en la lid habría exclamado nuestro héroe y con acento conmovedor al nombrar a su padre, el juramento de estilo:

¡ Por mi padre, por mi honor, por mi patria ! »

Aclamado triunfador de la carrera, hizo proclamar el nombre de su padre, en vez del suyo. ¡ Cómo hubo de conmover a los espectadores, acaso a los cuarenta mil que en el stadium cabían, con este ejemplo de modesta y de tan tierno amor filial ! Reconocido a lo que a su amante padre había hecho por él desde la primera lágrima al nacer hasta entonces. Trásibulo quiso con su hermoso desprendimiento, agradecer tanta solitud y cuidados. No era poca gloria la que arrojaba sobre los canos cabellos del autor de sus días. ¡ Qué espléndido en la excelcitud de su buen corazón debía parecer a los ojos húmedos de la multitud que miraba el milagro ! El semblante rojo, la mirada alegre y franca, las líneas puras de su cuerpo hecho ya al heroísmo surgiría Trásibulo en la arena sobre su carro volador, semejante a un mensajero—bello como Aquiles de Troya y fuerte cual Hércules—de todas las victorias de la familia Helénica allí congregada.

Su clara forma ya no se borraría más, ni en el espacio ni en el tiempo. Obcedería como una visión del mundo, a los dioses amados.

Píndaro, al hacer su elogio, dulce deber, no se ve obligado como en otras ocasiones, a remontarse a los héroes legendarios: Castor y Pollux, para orlar con tan divinos parangones, la frente de los vencedores. En efecto, el ejemplo dado por Trásíbulo era tan original, tan sugerente, gracioso y delicado, que su mero relato constituía tema suficiente de la oda esplendente. Alaba sin reserva al inmortal hijo de Xenócrates, que ha podido ejecutar acción tan bella por seguir los preceptos que el anciano Quirón, mitad hombre, mitad corcel inculca a su alumno Aquiles, *el de los ligeros piés*. Honrad, desde luego a Zeus, el amo temido del trueno y del relámpago, y después honrad la vida de vuestros padres. »

« Tal como Trásíbulo », agrega Píndaro, el laureado poeta, « era el mancebo Antíloco, que murió por salvar a su padre, dando frente a la lanza del potente Memmon, jefe de los Etiopes. Un caballo herido por las flechas de París, impedía moverse al carro de Néstor. Memmon no obstante, avanzaba e iba a lanzar su pavelina. Perplejo el anciano, llamó a su hijo a voz en cuello. El alarido no fué en vano. En oyendo el joven se precipitó a su lado y rescató así con su morir, la vida del padre suyo. De todos los héroes de los antiguos tiempos, es Antíloco el primero por su piedad filial; y ahora Trásíbulo es considerado, el primero entre los jóvenes de nuestra época, a causa del respeto por su padre. Y también por que su juventud no cosecha injusticia y violencia, sino sabiduría y gloria, sólo las miradas del Dios que preside en Delfos. » (6ta. Oda Pitia).

Mientras esta segunda patria de todo hombre que piensa, tuvo adolescentes como Trásíbulo, en los gimnasios (nombre de la escuela primaria de entonces) y las palestras (academias de ejercicios físicos), se conservó el ideal de todas las naciones. Todos, desde el niño que frecuenta los cursos primarios hasta el mozo, vivían para la grandeza de su ciudad natal. No donde se vive bien,

como cantara un griego de la decadencia, sinó donde se honra a los padres, las leyes de la ciudad y los preceptos de una religión generalmente, tan dulce y serena que era imposible dejar de amarla, podía estimarse ser el país de su preferido. Así al rememorar hoy estas tradiciones de la regla y del deber, al mirar uno de los tantos ejemplares que existen de estos heroicos jóvenes atletas, veremos siempre en sus rostros delicados y gentiles una expresión de inocencia, de pureza y de la fuerza que de ellas fluye. Tan buenos eran, como bellos.

ALBERTO NIN FRIAS.
